

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 16 Diciembre de 1893

Núm. 81

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



TUAREGS MEDITANDO UN ASALTO

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Mujer (continuación), por EMILIA PARDO BAZÁN. — MI ÁLBUM: Baile en la luz (poesía), por SALVADOR RUEDA. — Jaula sin pájaros, por LUCIANO HENDEBERT. — Nueva Orleáns, por JULIÁN RALPH (continuación), traducido por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — Tuaregs meditando un asalto — Mujer kabila. — Una sentencia en el Oriente, cuadro de CHLEBOWSKY. — NUEVA ORLEÁNS: En el antiguo teatro de la Opera francesa. — Tranvía urbano en Nueva Orleáns. — Calle del antiguo barrio francés, vista desde el Hotel Real. — Policeman de Nueva Orleáns. — Un billettero de Nueva Orleáns. — Un carro de panadero — Tipos del Dago. — Ir por lana y salir trasquilado, por FLIK-FLOK.



Crónica

POR una crisis ministerial han pasado Francia é Italia. En la nación vecina el jefe del ministerio M. Dupuy había acentuado su tendencia en favor de los conservadores, y quería desembarazarse del lastre radical. Para comprometer á los tres ministros de este grupo, hizo acordar al gabinete que todo cuanto éste llevase á cabo lo hiciese en común, lo cual admitieron los radicales con el ministro de Hacienda M. Peytral al frente. En consecuencia de esto, debieron aceptar las declaraciones del programa ministerial hechas por M. Dupuy en la Cámara, mas al notar que habían sido cogidos en la red que el presidente les había preparado, promovieron la crisis en Consejo de ministros, presentando la dimisión los tres aludidos ministros. Con esto y con la actitud de la Cámara quedaba hundido M. Dupuy, á quien también le faltó el apoyo del presidente de la República. Inclínabase M. Carnot hacia los conservadores, por lo que le hicieran saber los radicales que, á seguir por tal camino, no contase con sus votos el día en que se tratase de su reelección. Ante semejante estado de cosas M. Carnot llamó sucesivamente al presidente de la Cámara M. Casimiro Perier y tras de éste á M. Spuller para que formasen ministerio. Haciale ascos al encargo M. Casimiro Perier, porque, según se dice y se asegura en Francia, tiene puesta la mira á la presidencia de la República, y el ministerio, que se come á todos los hombres, no es en verdad buen camino para llegar á la consecución de sus deseos. M. Spuller no logró poder realizar el encargo que se le había confiado y el Presidente acudió de nuevo á M. Casimiro Perier, quien al fin formó ministerio bajo su presidencia. En el curso de las negociaciones sonó el nombre de M. Constans para el puesto de ministro del Interior, mas no pasó de aquí la cosa. Veremos por dónde se dirigirá el nuevo ministerio francés.

* * *

También Italia, como hemos dicho, ha pasado por una crisis ministerial. Cayó Giolitti y ha sido llamado Zanardelli, siendo la crisis igualmente muy laboriosa. Hubo manifestaciones en Roma delante de la Cámara de los Diputados, hechas por individuos de la clase obrera al grito de ¡abajo los ladrones! mientras otros grupos aclamaban á Imbriani y Cavallotti que, como es sabido, profesan ideas resueltamente radicales. El asunto del Banco

Romano ha puesto en una lamentable situación á varios diputados y personajes políticos, incluso Giolitti. Todos los aludidos recibieron de aquel establecimiento de crédito sumas más ó menos fuertes, sin causa reconocida para percibir las, y dando, por lo tanto, motivo para toda especie de suposiciones poco favorables á los tachados por la opinión pública. También en Italia busca todo el mundo un hombre de Estado que arregle la desquiciada máquina de aquel país, pero este hombre no parece. He ahí con qué elocuentes términos lo reconoce un periódico piamontés:

«El país no tiene recursos correspondientes al tren de su casa; el interés del cambio le arruina suavemente; las especies metálicas se ocultan ó se expatrian, reemplazándolas un papel moneda depreciado; Italia se halla sometida al régimen del curso forzoso, del cual reporta todas las desventajas sin tener las pocas compensaciones que consiente. Es urgente que esto cese: es una necesidad vital. Las recriminaciones y las disputas políticas no harán en ello bien, sino mal.

»Lo que conviene á tal situación no son abogados sino médicos, no oradores sino hombres financieros de primer orden. Si alguno hay en todo el reino que tenga sombra siquiera del talento de un Cavour ó á lo menos de un Sella, hágale llamar pronto el Rey y confíele la dirección del buque; lo hará mejor que todos los politicastro del mundo. Mas ¿en dónde encontrar á ese hombre? ¿Quién le conoce? La opinión pública no le ha nombrado todavía. Cuando aparezca, se verán mejorar las cosas, no del todo desde luego, pero sí progresivamente y renacerá la confianza; nosotros no somos de los que elevan las manos al cielo y dicen que Italia está arruinada. ¡No! ¡no lo está! está sólo extenuada por haber gastado demasiado é inconsideradamente; tiene dos riquezas esenciales que otras naciones podrían envidiarle: el suelo más fértil que hay en el más hermoso clima de Europa y una población sobria y laboriosa entre todas, de tal modo hecha para el trabajo que doquiera se disemina se ve acosada y expulsada por aquellos á quienes hace temible competencia.»

* * *

De dos atentados, que se han frustrado, á Dios gracias, han sido objeto el canciller imperial de Alemania, von Caprivi, y el mismísimo emperador Guillermo II. El Soberano estuvo menos expuesto á ser víctima del anarquista ó socialista que le envió un bulto con una máquina explosiva, porque los empleados de Palacio no dejaron que en modo alguno llegase el envío hasta el Emperador, y sospechando de su contenido hicieron que el paquete fuese examinado con las precauciones necesarias. Estuvo sí expuesto á una dolorosa contingencia el Canciller. Conocería sus aficiones quien le mandó el bulto y la carta acompañatoria. Es el general Caprivi aficionado á la horticultura, en la que se ocupa durante sus ratos de ocio ó de descanso, y del huerto que dirige ó cultiva, quizás por sus propias manos, le llevan sus aficiones los rabanillos. Por esto el anarquista ó socialista que le remitió la carta le decía en ella que iba en el paquete simiente de rábanos de una clase muy rara y extraordinaria, á fin de tentar por tal modo al Canciller y lograr que él mismo abriera la malvada máquina explosiva. No lo hizo él sino un ayudante suyo, quien, al mover la cajita, notó que saltaban de ella unos granos que le parecieron ser pólvora. Púsose en guardia, cesó en su tarea y entregó el bulto para su análisis, resultando de éste que entre la pólvora venía envuelto un cartucho de dinamita. La Providencia ha

querido librar la vida del canciller de Alemania y de su augusto Soberano, lo cual han visto con intenso júbilo todas las personas honradas, sea cual fuere el partido á que pertenezcan. Un singular detalle ha revelado que el autor del envío, expedido en Orleáns, era un alemán, ya que en la carta, puesta en francés, venían con letra mayúscula todos los sustantivos, lo que se practica en el idioma alemán y no en manera alguna en la lengua francesa. Mientras tanto los gobiernos nada hacen para contener la propaganda de ideas destructoras que ha conducido á la sociedad al estado de inquietud en que se encuentra y al malestar que en todas partes se siente. De esta situación experimentan ya los efectos en muchas partes las industrias todas y muy especialmente las pequeñas industrias de lujo. Falta humor para las diversiones, témesse la renovación de crímenes tan horribles como el del Liceo de Barcelona, quédanse casi solos los teatros, no se ven tampoco muy concurridos los paseos —notándose esto hasta en aquellas capitales que menos se han resentido al parecer de las agitaciones anarquista y socialista—y como resultado de todo esto dejan de hacerse gastos por las familias de las clases ricas y media que en tiempos ordinarios daban ocupación honrosa y con qué subvenir á sus necesidades á un número considerable de familias.

* *

Sigue todavía sin resolverse la crisis del Brasil. El general Peixoto y el almirante de Mello luchan á brazo partido. Según fundadas noticias el primero va perdiendo terreno, mas es hombre valiente y tenaz y no dará su brazo á torcer hasta el último momento, hasta que haya perdido toda esperanza de triunfo. Los insurrectos de Río Grande hicieron prisionero al general Isidoro y á algunos oficiales adictos al presidente, corriendo el rumor de que les aplicaron la ley de los vencidos, fusilándoles, lo cual se negó más tarde. Díjose asimismo que Peixoto había sido asesinado, pero también esto fué desmentido. Es un hecho singular el que, á pesar de los fuertes que guardan la entrada de la bahía de Río de Janeiro, el almirante de Mello entre y salga con sus barcos siempre que se le ocurre. Recientemente ha verificado una salida yendo á bordo del *Aquidaban*. Personas imparciales recién llegadas del Brasil aseguran que la mayoría de sus habitantes son hoy día resueltamente imperialistas, y que sólo defienden la República los hombres que ocupan el poder ó que de uno ú otro modo disfrutan del presupuesto. El país está cansado, á no poder más, del gobierno de los republicanos y vuelve con ansia la vista hacia una solución salvadora, que, según hemos indicado, consiste para la mayoría de la nación en el restablecimiento del Imperio. Veremos cómo obrará el almirante si sale vencedor en la empeñada batalla que se está librando.

* *

Dijimos que el nombramiento del general Martínez de Campos había reanimado el espíritu de las fuerzas de Melilla, y todas las noticias llegadas de aquella ciudad y su campo confirman nuestro aserto. El general ha dado impulso á las obras de los fuertes, haciendo que trabajen en ellos unos mil hombres. Hasta la hora en que escribimos estas líneas los españoles no habían sido inquietados por los moros, de quienes se dice por un lado que muestran trazas de retirarse y de cesar en sus belicosos propósitos, y por otro que la irritación cunde y aumenta entre los rifeños, haciendo temer nuevos ataques. Uno de éstos

esperará sin duda el general Martínez de Campos para escarmentar á aquellas hordas salvajes. Ha cortado también en Melilla abusos que perjudicaban á la disciplina militar y disolvió la guerrilla de penados que mandaba el capitán Ariza, después del hecho de haber cortado uno de sus soldados las orejas al moro Amadid, amigo de España. El penado pasó por Consejo de guerra y sumariamente fué juzgado y en seguida fusilado. Los generales Primo de Rivera y Chinchilla habrán marchado también para la plaza africana, adonde se dirigen hoy día, bien puede decirse, las miradas de toda Europa.

B.

Mujer

(CONTINUACIÓN)

VII



Si no tengo nada... tú ves visiones, hija.

Y Alfonso, estimulado por la presencia de su mujer, se incorporó, se rehizo, enderezó el cuerpo; hasta sonrió.

—Allí están esos señores, añadió señalando á la puerta del cuarto de baño. Hace un rato que conferencian, y es fácil que de un momento á otro salgan, por lo cual debes subir á tus habitaciones y esperarme allí.

—¿Irás á decirme?...

—Sí; mi palabra.

—¿Pero todo? ¿Sin ocultar cosa ninguna?

—Todo absolutamente. Te seré franco: si desde el primer momento te hubiese podido callar esta zambra... mejor para los dos. Como ya estás impuesta en lo principal, no hay razón... Oye, continuó observando el atavío de Ana, ¿á dónde has ido tan de madrugada tú?

—A rezar, contestó intrépidamente la dama, que no mentía. A pedir á Dios... Ya ves que en ciertas ocasiones!...

Dióse Alfonso por satisfecho con la explicación, y haciendo alarde pueril y fanfarrón de escepticismo, murmuró:

—Pues ya se ha salvado al país... ¡Anda, Nitis, criatura, sube... anda!

—¿De veras no estás enfermo? Al entrar, juraría...

—¿Que había de estar enfermo? ¡Vamos, no digas ridiculeces! ¡Enfermo! Arriba, feúcha, tonta... ¡Por los clavos de Cristo... que van á encontrarte esos señores!

Ana subió preocupada, rumiando una aprensión indefinible, pareciéndole que volvía á ver á su Alfonso, tan desencajado, con aquel color de muerto, aquel extravío en los ojos, aquella postración en la actitud...

Su retirada fué oportuna: aún no habría empezado á dejarse quitar las horquillas del velo, cuando el criado avisó á la Cueva de que acababan de retirarse el señor conde de Alén y el señor Ordóñez, y que los señores de Antequera y Cármenes le aguardaban.

Procurando caminar con paso suelto y firme, dirigióse Alfonso á su despacho, y á fin de aparecer todavía más fresco é indiferente, al entrar, en vez de formular la pregunta que le importaba, fué derecho al cajón de puros y dijo entre dientes:

—¡Caramba! El caso es que no me acordé de llevarme uno cuando salí...

Llamóle la atención la cara de sus testigos, que la tenían mitad asombrada, mitad satisfecha, cual si les hubiesen quitado de encima grave peso; y como se oyen las voces que en sueños nos interpelan, oyó resonar la de Donato Cármenes:

—Chico... ¿Sabes que va á sorprenderte el giro que ha tomado la cuestión? Es decir, á tí puede que no te sorprenda tanto como á nosotros... porque naturalmente, estás en todos los antecedentes posibles...

Aquí el acento de Cármenes adquirió ciertas inflexiones de ironía.

Alfonso, tendiendo el oído, queriendo reprimir el interior anhelo, preguntaba con los ojos. El brigadier casi parecía mohino; Cármenes iniciaba sonrisas de desenfado y mostraba tendencias á la broma.

—Verás: tú nos habías dicho que el lance, según todas las probabilidades, sería á muerte; que Ramiro daría á sus padrinos instrucciones de proceder á raja tabla, y que nuestra misión era aceptarlas y ajustarnos á ellas... sin discutir las. Pues, hijo, en esa intención estábamos, pero suponte tú que nos salen con la pata de gallo siguiente: Ramiro comprende que anoche, cuando cuestionasteis, al salir del tresillo de la Lanza, ibas tú acalorado; que él te sujetó el brazo antes de que llegases á darle el bofetón, y como demostró con eso que pudo darte otro si quisiese, no hay verdadera ofensa; que sin embargo está á tu disposición si deseas batirte, y que entonces aceptará tus condiciones, sean como sean. No ha pasado ni más ni menos. ¡Ah! Y que si no tienes empeño en llevar adelante la cosa, se firmará un acta. Como es natural, dijimos que lo consultaríamos contigo, pues ignorando si había algo más entre vosotros que la gresca en la calle, no podíamos resolver así de buenas á primeras. Tú dirás.

—Usted dirá: nadie más que usted puede decir, confirmó Antequera, siempre fosco y huraño.

Alfonso tardó en responder. Los oídos le zumbaban; la sangre se le agolpaba al corazón, y de allí subía á la cabeza congestionándola: su lengua seca impregnaba de pegajosas hieles su paladar. Comprendía... ¡Demasiado que comprendía! Ramiro ya no aspiraba á matarle; lo que quería era cubrirle de ignominia y de baldón: amancillar primero en su honor de esposo, y dejarle luego estampada la nota de infamia del que no ha pretendido borrar la mancilla y volver por su dignidad en la única forma que en su aberración admite y sanciona el mundo. La hipócrita actitud de Ramiro era un prodigio de páfida habilidad: semejava respetuoso homenaje á Ana, deseo de evitar mayor escándalo, de no herir á una señora, cuando realmente era nueva emboscada contra Alfonso, y emboscada de tal índole, que de ella tenía que salir ó desprestigiado ó muerto.

Lo conoció perfectamente la Cueva, y conocerlo fué su castigo. Un solo camino decoroso le quedaba abierto, y era exclamar: «Vayan ustedes y díganle á Alén y á Ordóñez que quiero duelo, hasta que Ramiro ó yo nos inutilicemos de verdad.» Pero en vez de estas palabras, salieron de sus labios otras, dictadas por la victoriosa naturaleza: «Déjenme ustedes pensarlo unas horas... Les avisaré á su casa. Gracias por todo, ¿eh? Es cosa de reflexionar, como ustedes conocen.»

—De reflexionar, de reflexionar... ¡Carabinero! ¡Maldito si vale un pepino en estas cosas la reflexión! masculló el brigadier. Son del primer instante, y sinó... En fin, usted sabrá...

—Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato, respondió mostrándose amostazado Alfonso.

—Pero, Antequera, decía Cármenes á la salida, riendo ya francamente; usted parece un testigo de comedia, de pieza por horas. Empeñado en que á Alfonso le ensarten...

—¡Hombre! ¡Por vida! Me parece á mí que después de lo que hizo Dávalos con la señora de la Cueva...

—¡Chs! Si eso no lo sabemos...

—¿Que no lo sabemos? ¡Carabinero real! Pues no dijeron anoche que allí, á vista de todos...

—¡Bstt! ¡Si eso nunca se sabe!... Cualquiera pensará que ahorita mismo viene mi brigadier de los montes de las Amézcoas!

—Allí me dan ganas de hacerme ermitaño cuando veo ciertas cosas. ¡Por vida! ¡Carabinero real!

Solo ya Alfonso, á la manera del banquero que próximo á declararse en quiebra hace balance exacto de sus haberes, calculó la provisión de energía y fuerza con que contaba, y espantado y trémulo vió que no podía alcanzarle para hacer frente á la pavorosa situación.

Su terror fué doblemente profundo, al recordar que la vispera se sentía lleno de acometividad fiera, y la perspectiva del lance le enardecía y exaltaba. Es que entonces se creía ofendido, traicionado, vendido, despojado del amor de su esposa: hoy, sabiendo que de la traición sólo vanas apariencias existían, el rencor se apagaba, la saña extinguíase en su espíritu, y quedaba sólo en pie el deseo de disfrutar largos años la hermosa vida y de conservar íntegros la salud y el cuerpo. Si al menos Ramiro insistiese, apretándole y constriñéndole á aceptar el empeño, ¡qué remedio entonces! sería preciso ir derecho al campo, ocultar la flaqueza y entregarse cerrando los ojos al peligro... Lo que desfallecía en Alfonso era la voluntad; lo que se relajaba era la fibra de la iniciativa; lo que tenía enfermo era el carácter. Analizando en aquella suprema hora su estado moral, Alfonso reconocía que si fuera soldado, la subordinación le llevaría á arrostrar la metralla; que si fuese obrero, con su escuadra descendería á la mina; que si fuese marinero, subiría á las gavias; que en suma, dirigido, mandado y desplegando otros la voluntad de que carecía él, era posible que saliese con lucimiento de las grandes pruebas. Mas siendo él mismo quien tenía que desarrollar la fuerza misteriosa de la volición, que es como la virilidad del espíritu, Alfonso notaba con humillante dolor la vergonzosa deficiencia, la postración invencible, la incapacidad absoluta, irremediable... para decirlo pronto: la afrentosa *cobardía*.

Hundido en su sillón; puestos los codos sobre la mesa; caída la cabeza en las manos; clavadas las uñas en el pelo, la Cueva pasó algunos instantes horribles, mil veces peores que los que se pasan al frente de la pistola apuntada ó del florete esgrimido por mano maestra... Entre sus dedos rezumó un licor salado y amargo; y levantándose de repente, más blanco que su camisa, murmuró casi en voz alta: «Lo único que me faltaba era llorar.»

Fué á apoyarse en la chimenea. El sol hería ya con sus calientes reflejos los recortados arbolillos del jardín; abrió la ventana y respiró lleno de placer. En suma, ¿por qué se apuraba de tal manera? Ciertamente que se había divulgado lo de casa de Lanzafuerte; pero la sabia y honesta conducta de Ana borraría bien pronto esa mala impresión. Novios como eran, se irían á París; entretendrían allí el invierno, y al regresar, estarían agotados los comentarios, y el incesante remolino de la vida cortesana se habría tragado el incidente, como leve arista. ¡Qué de escandaleras, qué de alborotos de un día ó una hora, hasta de una

semana ó de un mes, había visto Alfonso desaparecer, borrarse, difumarse entre las nieblas del olvido, mientras la rueda social daba rápidas vueltas y el bullicio, con su perpetuo run run, cubría gritos, ayes, imprecaciones y carcajadas!

El tiempo era el médico soberano para estas cosas. Nuevas comedias y tragedias quitaban del cartel las antiguas. La frivolidad condenaba las evocaciones del pasado, y el buen gusto ponía el pedal para apagar todo estrépito. Lo único que el transcurso de los años no podía curar, era una estocada á fondo ó un balín en la sien. ¡Morir! El ataúd, los cirios de la capilla ardiente, la cama imperial, los responsos, las fúnebres salmodias, el carro empenachado, Ana de crespón negro, Ana á los dos años de lila, blanco y gris, volviendo al mundo, festejada; galanteada otra vez, alegre, linda!

Alfonso se sentó de nuevo á la mesa y escribió á sus testigos. Acaso Ramiro tuviese razón: ofensa no la había: tratábase de una quimera, dos ó tres palabras fuertes, en sustancia nada entre dos platos... Autorizábales para redactar el acta, dejando á salvo el honor... Esto, en el supuesto de que el señor Dávalos persistiese en brindarse á un arreglo decoroso por ambas partes, y no exigiese retractaciones, ni más concesiones que las mu-tuas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Concluirá).

Mi álbum

BAILE EN LA LUZ

YA llegó la tarde,
átomos del viento;
ya el sol va espirando,
alados insectos;
ya en oro se inflaman
las nubes del cielo,
chispas que llenáis
el espacio inmenso.
Dentro de los rayos
de púrpura y fuego,
bailad vuestra danza
de alegría ebrios.
Moscas revividas,
cinifes pequeños,
volátiles leves
de invisible cuerpo,
las últimas luces
de visos sangrientos
cual un varillaje
vienen de lo lejos,
y regios se tienden
como un terciopelo
que toma los tonos
de pálido incendio.
¡Sus! ¡al torbellino!
desplegad los velos,
y bailad la danza
flotante del viento.

Sobre los remates
del ramaje seco,
ya vienen danzando
los locos insectos.
Ved los alirrubios,
ved los alinegros,
los alimorados,
los alibermejios.
En la pedrería
que esmalta sus cuerpos,

la luz pone brillos
fugaces y trémulos,
é irradian sus clámides,
que abiertas al viento
parecen bruñidas
corazas de fuego.
Su baile entrelazan
pasando y viniendo
en feliz delirio
de loco contento,
é imitando al iris
sus tonos diversos,
van, mientras que bailan,
la luz absorbiendo.
Polkas, rigodones,
pavanas, lanceros,
vales presurosos
que incitan al vértigo
y habaneras lánguidas
de círculos lentos,
los alados seres
describen huyendo
y tornan y giran
y pasan de nuevo.
¿Quién marca su ritmo?
¿qué alado maestro
su breve batuta
agita frenético?
¿quizás una abeja?
Están en invierno
en su claustro oscuro
rezando ó durmiendo.
¿Un mosquito acaso?
Velan, según creo,
junto á las tinajas
y toneles llenos
que allá en las bodegas
tomaron asiento,
y entonan del vino
el himno de fuego.

¿Será alguna hormiga
de flotante cuerpo
la que marca el ritmo
del baile ligero,
una hormiga rubia
de esas que en el cuello
se atan manto ardiente
de rubíes hecho?
Ahora las hormigas
guardan sus graneros,
y no saben música
según, en secreto,
hace tiempo supe
por un grillo negro.
¿Quién dirige entonces
el paso diverso
de tanto inflamado
danzarín del viento?
No sé; mas se mira
con dulce embeleso
que bailan á un ritmo
sin son y sin ecos.
Les pone el crepúsculo
un fondo de fuego
con crestas al fondo

de azules reflejos.
Un tul inflamado
se extiende tras ellos
cuajado de brillos
alegres y trémulos.
En la última púrpura
del sol medio muerto,
palpitan, se abrasan,
voltean inquietos,
y, en juego de luces,
fascina el cerebro
la galop brillante
de sus libres cuerpos.
Ya el sol va á esconderse
y en ese momento
palpita la atmósfera
en un baile inmenso.
El sol se sepulta,
y, por largo tiempo,
ante las retinas
que el baile aprendieron,
aún siguen tramando
los leves insectos
con alas flotantes
la danza del viento.

SALVADOR RUEDA.

Jaula sin pájaros

I

PREOCUPADO, nervioso, colérico, el pintor Benedicto se paseaba dando grandes zancadas por su taller, retorciendo frenéticamente su fino bigote negro.

Ora se paraba de golpe delante de los maniqués, bibe-lots árabes, bordadas sederías y alteraba completamente su armonioso conjunto, ora con un pedazo de carbón trazaba un extravagante y extraño bosquejo en uno de los caballetes.

Luego continuaba su interrumpido paseo echando sordas exclamaciones.

Hacía ya muchos días que buscaba el maestro la composición de un plafón decorativo (*El Amor en Oriente*), encargado por el virrey de Egipto, y no daba en el quid de la composición.

La luz del sol poniente, penetrando con la melancolía del otoño por la gran vidriera, bañaba con su claridad de color de rosa al pintoresco desorden del taller, desde el pequeño y ancho sofá recubierto de tapicería de Levante y felpa atornasolada hasta los viejos cofres incrustados de marfil y las adamasquinadas armas de las paredes.

—¡Se acabó! exclamó Benedicto dejándose caer desalentado en una silla Pompadour.

Y apoyando la cabeza en las manos pensaba en el porvenir glorioso que en aquellos momentos se le desvanecía.

Ya veía asomar la risa en los labios de sus antiguos admiradores, que acechaban el momento de su fatiga; ya sorprendería sus miradas burlonas, sus sonrisas disimuladas y los equívocos picantes, cien veces más temibles que una dura pero franca crítica.

Sabía que se cuchicheaba en los cenáculos artísticos que el maestro estaba en decadencia, que su reputación, formada tan rápida como ruidosamente, gracias al compadrazgo, se desvanecía por momentos.

Los aduladores tenían ocasión de tomar el desquite de sus alabanzas, y sus antiguos amigos, aquellos que más habían elogiado la seguridad y firmeza de su dibujo y la magia de su paleta, serían ahora los primeros y los que

con más ensañamiento criticarían sus *trucs*, sus empastes y sus preparados: hasta llegarían á negar los triunfos más legítimos. Y sin embargo, Benedicto había tenido en su mano gloria, fortuna, honores y en un momento de entusiasmo había sido considerado como uno de los primeros maestros del arte contemporáneo.

Aviváronse en él las continuas luchas contra la miseria, la rutina, la envidia... y veíase de nuevo en aquella dolorosa y lenta ascensión del calvario de la celebridad, sostenido por la fe sublime que forma los verdaderos artistas.

Un día, en camino duro y pedregoso, encontró una hermosa muchacha, entusiasta por el arte, enamorada del talento del maestro, segura de su porvenir. Casáronse y al cabo de un año un sonrosado rorro parecía haber unido para siempre la frágil cadena de aquellos dos seres. En efecto, Marcela había sido el ángel del hogar, la amiga cariñosa en sus días terribles, la compañera orgullosa de sus triunfos. Ella le trajo el equilibrio y la serenidad en su existencia, más bien gobernada por su fantasía que por la razón.

¿Por ventura no debía á su pura y tierna sonrisa las obras más inspiradas, los momentos más preciosos de su vida de hombre y de artista? Todo lo que de ella procedía era como ella, sano, templado, grande; había sido á un tiempo la musa y la esposa.

En una noche de invierno ¡noche horrible! una tos de muy mal augurio les había despertado. Levantáronse precipitadamente sin decir una palabra, sin mirarse, temiendo adivinar en los ojos la horrorosa sospecha que oprimía violentamente sus corazones.

La enfermedad, huésped inesperado, verdugo despiadado, se había introducido como un asesino en el cálido nido de amor y había envenenado la garganta del pajarillo. Y los más insignificantes detalles de aquella noche inolvidable aparecieron ante los ojos del padre con cruel intensidad.

Durante la tarde el nene se había quejado de mal en la garganta; estaba ronco y tosía de vez en cuando. De pronto no hicieron gran caso; era un constipado que cedería con sólo tomar algunas infusiones calientes y calmantes.

El enfermito, sin embargo, había perdido su acostumbrado buen humor, y al ver á la madre ya no sonreía con aquel aire expansivo que revela siempre la salud en los niños. La voz se enronqueció, la tos volvióse dura y seca, y más tarde una ansiedad terrible le devoraba.

—Mamá, *bebé* pupa, murmuró agarrándose á las faldas de su madre, probando de recoger el aire que se le escapaba, y ocultando su cabecita entre sus brazos como un pájaro herido.

¡Inútiles esfuerzos! el aire penetraba en su cuello obscurido, produciendo una especie de silbido lento y prolongado; la angustia se reflejaba en la cara del enfermito, terrible calentura invadió todo su ser; su cara tomó un color de plomo: era el crup.

¡La cobarde y estúpida enfermedad, que ponía en convulsión el adorado cuerpecito de aquel niño, tornaba en azul su delicada cabeza de ángel! Y siempre la misma tos ronca precursora de la agonía, y el estertor horrible, sordo trabajo de la muerte, cebándose en su presa y apoderándose de ella poco á poco, avanzando por minutos en su horrible tarea.

El recuerdo de aquellas horas no se borra en toda la vida, oprimiendo con fuertes tenazas los corazones inconsolables... y Benedicto veía en su imaginación la cuna, la mesita de noche con las tazas, las botellas de medicamen-

tos; al otro lado los vestiditos que ya no debía llevar más el pobre angelito...

Luego al médico moviendo la cabeza con aire de ansiedad, dudando en aquel momento fugaz entre la vida y la muerte, si llevar ó no el acero sacrilego á la garganta del mártir inocente...

Veía también á la madre loca de dolor, y á él llorando de impotencia y rabia.

¡Ya era tarde! la insensibilidad, una insensibilidad eterna, había sucedido á las convulsiones de la suprema lucha. Percibíase en el aire un imperceptible soplo, dulce como el batir de alas; era el ángel que volaba al cielo. ¡Oh! ¡Aquel mirar vidrioso y fijo, aquel cuerpo inmóvil y frío cubierto por la blanca sábana húmeda de lágrimas y agua bendita que vagamente dibujaba las formas graciosas y encantadoras!... Luego el lecho mortuario cubierto de blancas rosas, rodeado de cirios como un altar en día de Corpus... y aquel último retrato, fugaz silueta del ser adorado, trazada apresuradamente con los ojos nublados por las lágrimas y la mano trémula por la emoción.

II

Desde aquel día amor, felicidad, talento, esperanza, todo parecía aniquilado en casa del pintor.

Los esposos estaban siempre separados, evitaban las miradas uno de otro con los ojos preñados de lágrimas y de mudos reproches, y su dolor fué tan grande y repentino que había llenado sus corazones de odio y rencor.

El artista encerróse en su taller; la madre vivió con el pensamiento fijo en el angelito; pero al cabo de algún tiempo las necesidades del mundo hicieron indispensable el trato: él renovó unos antiguos amores tan sólo para combatir el fastidio, y ella buscó distracciones en las futilidades mundanas.

A la simple indiferencia de los primeros días siguieron las discusiones, las censuras intempestivas, las palabras violentas y las lágrimas.

Marcela se lamentaba de verse abandonada y de no ser comprendida; Benedicto encontraba que su mujer era muy vana y derrochadora. Las pendencias aumentaban cada día; la situación era ya tan tirante, que un choque violento era inminente, y un día por la mañana, en el momento de almorzar, Marcela manifestó... «que se iría á casa de su madre y que ya no permanecería ni un minuto más en compañía de un hombre que la engañaba indignamente y que la postergaba á cualquier mujerzuela.»

En esto la disputa tomó mal cariz; Benedicto trató á su mujer de «estúpida,» hasta el punto de que resolvieran una separación amistosa ínterin se tramitaba el divorcio.

Y sin embargo, á aquella mujerzuela, Juana, que así se llamaba, con quien había reanudado unas antiguas relaciones en un día de melancolía y abandono, no la amaba el pintor. Había vuelto á ella como quien vuelve á seguir una perdida costumbre y con la esperanza de encontrar á su lado un recuerdo de su antigua vida de bohemio, de su vida libre. Pero muy pronto se cansó de aquella muchacha sin talento y sin corazón, que con su jerga de palabras de taller y muletillas de *café-concierto* ya no le divertía.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! exclamaba algunas veces el pintor Benedicto, apurada su paciencia y resuelto á romper tan insoportable cadena... ¡Ah! ¡pobre Marcela! ¡Cuán caras pagaba sus lágrimas, sus amarguras y sus mudos reproches!

Y levantándose resueltamente con la mirada encendida, Benedicto se dispuso á volver al taller inmediatamente.

El ruido de la puerta y el de la seda hicieron volver de golpe la cabeza al pintor, que se encontró delante de su esposa. El ademán provocativo de Marcela no daba lugar á duda respecto á sus sentimientos. Lleno el corazón de concentrado despecho y de enojo no aplacado, estaban éstos á punto de desbordar en sus labios; conteníase, sin embargo, y la cólera, que daba extraordinario brillo á sus ojos al animar su cara, la embellecía muchísimo. Benedicto no pudo menos que reparar en ella y establecer una comparación con Juana, poco favorable por cierto para esta última.

—Vengo de casa de mi procurador, dijo en tono seco y con sonrisa de triunfo.

—¡Ah! Muy bien, contestó Benedicto con aire de profunda indiferencia: ¿cómo está el bueno del señor Moulineaux?

—Me ha leído el Código, continuó Marcela.

—Lectura muy recreativa...

—La ley está de mi parte: injurias graves, abandono de la mujer por el marido...

—Dispense usted un momento...

—Vamos á presentar la demanda de divorcio, pues mi procurador está decidido á activar el asunto.

—¿Tiene prisa el bueno del señor Moulineaux? Debe molestarle mucho este negocio.

—Ha estado muy amable conmigo... Todo, todo se lo he dicho...

—Pues la confesión no puede haber sido muy larga.

—Dispense usted, era la de usted. En vez de tres artículos hemos encontrado seis aplicables al caso, y á buen seguro que si hubiese buscado hubiéramos encontrado otro...

—Buscad y encontraréis, dice el Evangelio.

—¡Oh! El negocio está en muy buenas manos, repuso Marcela con volubilidad. Primero, la demanda al presidente del Tribunal civil, luego, la citación para el acto conciliatorio,—por supuesto, en el estado en que se hallan las cosas es simple formalidad,—designación de residencia provisional...

—Le felicito por lo muy enterada que está usted...

—Ya lo estaré con el tiempo; mi procurador, que es muy complaciente, y se hace cargo de mis penas, me ha explicado...

—¡Ah, diantre! Moulineaux será, por lo visto, un don Juan oculto en tres capas de papel sellado.

—Está todavía muy bien conservado.

—Como conserva, lo concedo: los hombres de leyes viven poco; se procede con tanta lentitud en los pleitos...

—Además, ellos no son calaveras...

—Sin embargo, hay algunos que...

—¡Bah! no diga usted disparates.

—Decía usted que..., añadió rápidamente Benedicto parando atención.

—Que antes de empezar un pleito creo que hay la costumbre de conceder un plazo. Porque como he dejado aquí algunos objetos que me pertenecen, y como me retiro á casa mi madre,—espero que usted tendrá el acierto de no imponerme su domicilio,—venía únicamente para buscarlos...

—Como usted guste, es usted libre.

Al escudriñar el taller, acercóse á un pequeño lienzo colgado en la pared que representaba un *bebé* desnudo y sonriente, sentado sobre una almohada.

—Usted no se llevará este lienzo, exclamó el pintor adelantándose.

—¿Y con qué derecho pretende usted impedirme que

me lleve el retrato de mi hijo? repuso Marcela llena de cólera. ¿Por ventura no soy su madre?

—Pues yo soy su padre...

Benedicto descolgó el pequeño lienzo, y lo contempló algunos instantes en silencio.

—Se le parece mucho, murmuró el pintor. Tiene mis ojos, y mi frente...

—De mí tiene la barba y la boca, dijo Marcela interrumpiéndole. Mire usted, ¡qué sonrisa! Los niños se parecen á las madres. ¡Pobre hijo mío! Tendría cinco años, sería ya un hombrecito...

—¡Ah! Siempre me acordaré del día en que por primera vez exclamó con su pequeña voz bien timbrada: «¡Papá! ¡papá!» No había medio de hacerle callar, ¡pobre angelito!

—Era el día de tu santo, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo perfectamente. ¡Ah! Gustoso daría mi talento, mis triunfos, una parte de mi vida, para oír una vez más, ¡papá! ¡papá! ¡Y tú quisieras quitarme este precioso recuerdo! Era mi alegría, mi felicidad, mi vida... Por él yo trabajaba: quería que estuviese celoso de su padre, quería que fuese rico. Pero mira, no parece sino que ha de volver á exclamar: ¡papá! ¡papá!

—¡Pobre *bebé*! murmuró Marcela besando el retrato. ¡Pobre angelito! ¡Y se van siempre de este mundo á la edad en que más se les quiere!

Y dos gruesas lágrimas rodaron á lo largo de sus mejillas. Alrededor del retrato de *bebé*, las manos de los dos esposos se encontraron unidas por la casualidad, que á veces es el procurador de la Providencia.

—Dí, pues, dijo muy bajo Benedicto al oído de su esposa. ¿No puede darnos la Providencia otro hijo como éste?

LUCIANO HENDEBERT.

Nueva Orleáns

POR

JULIÁN RALPH

(CONTINUACIÓN)

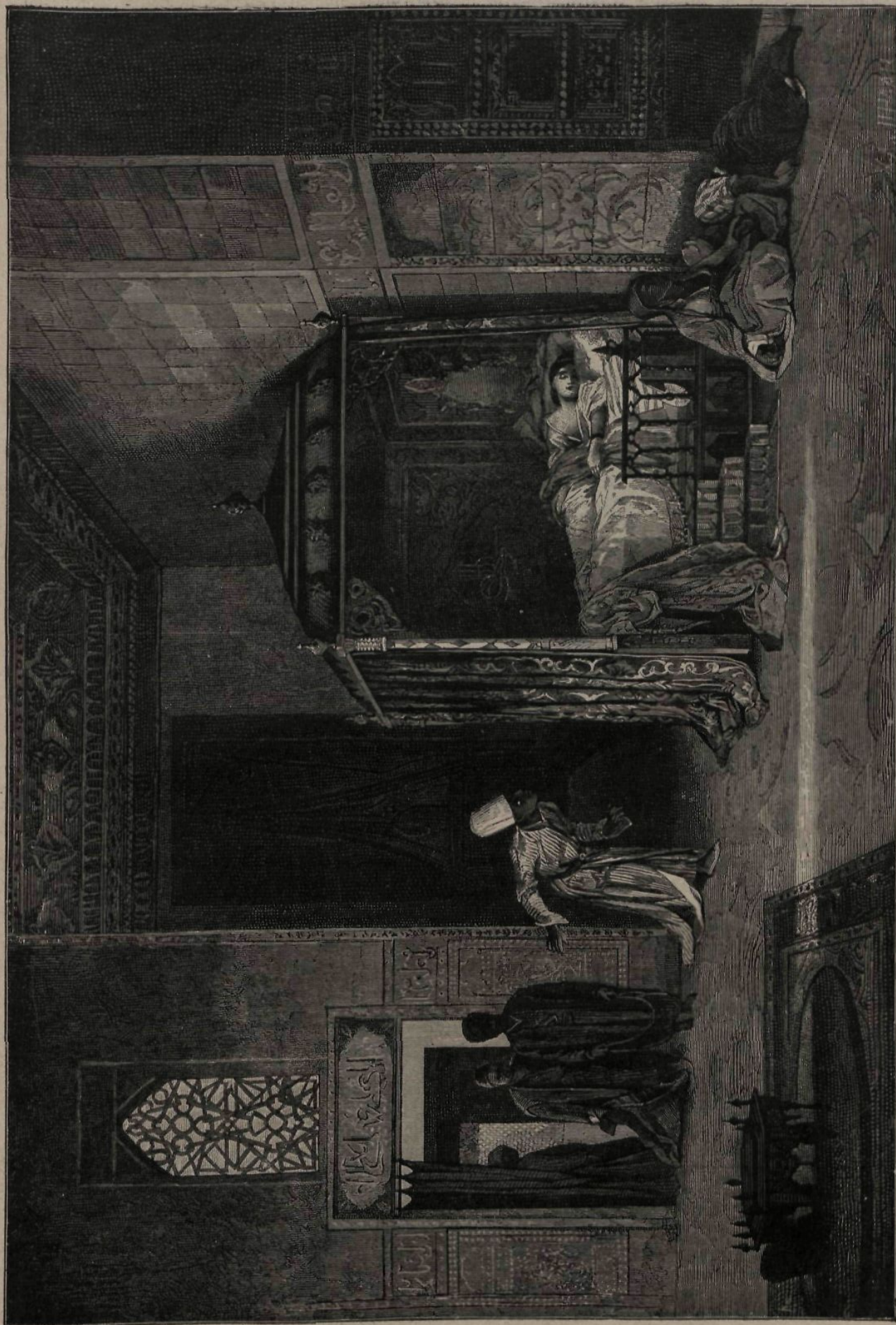
Las luces eléctricas brillan en lo alto de unas torres tan altas que parecen erigidas, no para alumbrar la ciudad, sino para iluminar las nubes.

Los carros de la leche son muy dignos de verse. Son de dos ruedas, como los de los carniceros de New York, y llevan dos magníficos barriles cuyos aros de cobre centellean como ascuas de oro. Muchas veces van conducidos por mujeres. Cuando no, van escapados por las calles causando frecuentes desgracias.

El carbón lo transportan unos hombres que tienen gran destreza para llevarlo en grandes cestas sobre la cabeza sin permitir que pierdan jamás el equilibrio. Los cazadores de perros no cesan sus errantes excursiones por todos los barrios de la ciudad con el lazo en la mano. Cuando atrapan algún vagabundo individuo de la raza canina, métenlo en un extraño carretón muy semejante á un barril. En cuanto el animal se siente cogido, arma un alboroto de mil demonios, aullando como si lo desollaran; asómanse las mujeres á las puertas y ventanas y los hombres acuden á salvar á los canes amenazados y harto inexperimentados todavía para saber que la pereza es el defecto característico de los laceros.



MUJER KABILA



UNA SENTENCIA EN EL ORIENTE. — CUADRO DE CHLEBOWSKY

Las mujeres andan por las calles vendiendo almen-
dras y *pecan candy*, cosa cuya existencia ignoraba antes
de ir allá, y panes de ostras, muy recomendados como
pacificadores del hogar, por lo que los recomiendo á mi



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

En el antiguo teatro de la Ópera francesa

vez al lector, por si es aficionado á trasnochar. Confieso
que nunca me ha sido dable ni catar siquiera esas mági-
cas tortas. Entre las industrias callejeras hay también la
de los fabricantes de iniciales. Hácenlas de filigrana de



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Tranvía urbano en Nueva Orleans

oro, y las mujeres las usan como alfileres de pecho. De
seguro que muchos de esos artífices saben muy bien quié-
nes son los individuos afortunados cuyas iniciales son
con tanto orgullo ostentadas ó enlazadas con las de las
compradoras.

La policía municipal es poco numerosa, porque no
hay en la ciudad la multitud de vagos y mal entretenidos
que infestan la de New York, y lleva como los policemen
de ésta capote y kepis con botones de plata. Siendo la
lotería un juego legal, los billetes se venden por las
calles, dedicándose á esta industria un gran número
de hombres, mujeres y chiquillos. En una de las
casas expendedoras leí un letrero que decía: «Este
es el afortunado número once. Esta la administra-
ción que ha despachado mayor número de billetes
favorecidos por la suerte.»



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Calle del antiguo barrio francés, vista desde el Hotel Real

Dió la casualidad que se celebró un sorteo mien-
tras yo estaba en Nueva Orleans, y comprendiendo
que la Compañía no pediría la renovación de sus
privilegios, de modo que muy pronto no sería sino
un recuerdo aquel cuadro de costumbres, no quise des-
aprovechar la ocasión que se me ofrecía para presen-
ciarlo.

Celebróse el acto en un teatro llamado *Academia de
Música*, á las once de la mañana. La amarillenta luz del
gas luchaba débilmente con la del día en el corredor
donde la multitud se estrujaba, confundiéndose en ella
todas las clases sociales. Las dos terceras partes del local
se llenaron como por ensalmo de espectadores. En el palco
escénico había un grupo de hombres sentado entre dos
ruedas en forma de bombas. La de la derecha era de plata,
con las superficies planas de cristal y una abertura á modo
de ventanilla. Un niño tapado de ojos empuñaba el manu-
brio que ponía en movimiento la rueda y sacaba los núme-
ros, que iba entregando al general Beauregard, el último
general sobreviviente de la guerra. Es el tal un tipo aris-
tocrático que trae á la memoria los de los cortesanos de la
monarquía francesa, con el pelo y la barba encanecidos y
vestido con irreprochable elegancia.

Junto á otra rueda de mayor tamaño estaba el mayor
general Jubal A. Early, tipo acabado del convencional de
la época de nuestros padres, de gallarda estatura y noble
continente, vistiendo un traje del mismo color que el uni-
forme que ilustró en la guerra con sus hazañas. ¡Oh cadu-

cidad de las cosas humanas! Me han dicho que esos dos héroes cobran cada uno treinta mil dollars anuales por el trabajo de ejercer todos los meses estas modestas funciones. Un niño, igualmente vendado de ojos, le iba entregando los números que sacaba del bombo. Eran los de los billetes premiados. Los del otro designaban la suerte que



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Policemen de Nueva Orleans



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Un billettero de Nueva Orleans

respectivamente les había correspondido. Además había dos hombres encargados de pregonarlos:

Early leyó en alta voz:

—¡Número 21,152!

Y Beauregard añadió:

—¡Doscientos dollars!



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Un carro de panadero

Los pregoneros, á su vez, repitieron:

—¡Número 21,152! ¡Doscientos dollars!

Pero éste era un premio pequeño.

—¡28,439! dijo Early.

Y Beauregard replicó:

—¡Trescientos mil dollars!

Aquí fué ella. Levantóse un rumor inmenso que ahogó la voz de los pregoneros, centenares de lápices trazaron con nerviosa rapidez el número afortunado en otros tantos

pedazos de papel preparados al efecto, mientras los niños se quitaban la venda de los ojos y ellos y los pregoneros se retiraban siendo reemplazados por otros individuos.

Al cabo de un rato salió el general Beauregard á tomar media hora de descanso, porque el pobre ya no podía con su alma. Tras él siguieron dos pregoneros que, al pasar por su lado, ni siquiera se descubrieron. Parecióme una insigne irreverencia, porque, al cabo, el general era hasta cierto punto el dispensador de la fortuna. A buen seguro que no se hubieran visto semejantes rasgos de ingratitud antes de desvanecerse las ilusiones de los mal aconsejados que pedían la renovación del privilegio de la lotería.

Con las tiendas de muebles de lance de Nueva Orleans podría hacerse un excelente museo. Los extranjeros se agrupan delante de ellas acudiendo en masa como las mariposas á la luz. En esa ciudad hay muchas familias cuyos antepasados fueron coleccionando muebles de valía por espacio de muchos años, y cuando se deshacen de ellos, ya por la necesidad de partir la herencia ó porque se les antoja cambiarlos por un mobiliario más moderno, esos revendedores, que en todas partes son como arqueólogos de profesión, adquieren por poco dinero verdaderas preciosidades. En sus establecimientos se pueden comprar muebles de las épocas del Directorio y del Imperio, relo-



From Harper's Magazine.—Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Tipos del Dago

jes de sobremesa, cornucopias, jarros chinoscos, objetos de cristal entallado, morrillos monumentales y tenazas artísticas para la chimenea, camas antiguas con preciosas esculturas y ricos pabellones, etc.

Voy notando que en un artículo como este no es posible hablar ni de la mitad de las cosas de Nueva Orleans dignas de ser recordadas y descritas. Proponíame decir algo de la interesante colonia italiana, de sus ocupaciones, su flotilla de lugres y su renombrada sociedad de la Mafia. Pensaba también describir los encantos de las regiones silvestres, los extensos pinares del interior, la comarca de Bayon Teche y las márgenes del lago Pontchartrain. Proyectaba asimismo decir algo de los sabrosos manjares y los especiales platos que allí se usan. Pensaba, en una palabra, contar muchas cosas interesantes, ciñéndome á tratar de lo que otros no refirieron por extenso, como por ejemplo, los establecimientos de enseñanza, el movimiento artístico, los gimnasios y los clubs de regatas, las excursiones en carruaje y en bote y otras cosas dignas de ser explicadas; pero veo que he de renunciar á ello dejando para otro esta agradable tarea. Me limitaré, por lo tanto, á decir algunas palabras acerca del movimiento comercial importantísimo en esta ciudad, como es de todos bien sabido.

(Del Harper's new Monthly Magazine)

Traducido por

J. COROLEU.

(Concluirá).

NUESTROS GRABADOS

Tuaregs meditando un asalto

Pueblan el Africa numerosas razas, todas en general de instintos belicosos. Junto al famoso desierto de Sahara hállanse algunas que en lo crueles pueden parangonarse con los beduinos, á quienes también se asemejan por el instinto del robo. ¡Ay de la caravana á la que ellos atisban, porque de seguro serán robadas las mercancías que transporte y acaso degollados los mercaderes y esclavos que vayan acompañándolas! Divídense los tuaregs en dos grupos; los del Norte y los del Sur. Son los primeros más guerreros que los segundos y establecen sus moradas entre peñascos, á manera de pequeñas fortalezas. Los del Sur viven en los llanos y han adquirido la jovialidad de los negros con quienes moran en continuas relaciones. Los tuaregs son altos y sus formas quizás las más correctas entre los pueblos que viven en el continente africano. Siguen el islamismo y en varias partes del cuerpo se cuelgan amuletos y bolsitas con fragmentos del Alcorán. Según la tribu usan el traje. En unas llevan ajustados y cortos dejando el talle en descubierto; en otras visten túnicas tan holgadas que debajo de ellas ni siquiera se adivina la forma humana. El turbante que se ponen deja en descubierto el mechón de pelo que suelen arreglarse en la coronilla. El chal en que se envuelven les sirve en aquellos calurosos climas sólo para preservar los ojos y la boca del arenoso polvillo del desierto. Estas gentes aparecen pintadas en el grabado que va en la primera página de este número. Meditando un asalto las ha representado el artista para dar á conocer una de las más aviesas y más características pasiones de esta raza de hombres.

Mujer kabila

Retrata este grabado con suma perfección el tipo de la mujer kabila, más hermosa que la mujer árabe y con una distinción de líneas que tiene algo de la belleza peculiar de las andaluzas. Merced á las distintas interpretaciones que se dan al texto alcoránico sobre el vestido femenino, la mujer kabila no se tapa la cara, antes la muestra toda, dejando ver sus rasgos escultóricos. Sin que sea modelo de limpieza, porque ésta no hay que buscarla entre los berberiscos, no es con todo desaseada al punto que lo son las mujeres de diversas tribus árabes, y cambia de vestido con relativa frecuencia para mantener en él cierta limpieza. La mujer kabila tampoco suele estar tan sujeta y metida en casa como la árabe y la turca, sino que, por el contrario, sale de ella repetidamente y va al mercado y allí vende las mercancías como nuestras campesinas y hortelanas. Come con el marido y con la familia, aun cuando hubiere convidados en la casa, señal de la consideración de que goza en el interior del hogar doméstico. El tocado de las mujeres kabilas es una especie de turbante muy sujeto por cuerdas ó cordones que caen al lado acabando en borlas muy prolongadas. Adórnase el cuerpo con joyas de grandes dimensiones y de estilo marcadamente arabesco, las cuales tienen incrustadas muchas veces piedras de escaso valor como el coral y la turquesa. Con estos adornos y con una túnica ancha, plegada y sujeta al modo oriental, ofrecen el conjunto artístico que tiene la mujer kabila de nuestro grabado y que es tan del gusto de los pintores.

Una sentencia en el Oriente

CUADRO DE CHLEBOWSKY

¡Triste condición la que tiene la mujer en el Oriente, en aquellos países en los cuales no reinan las máximas salvadoras del Evangelio! De su inteligencia y de su corazón no se hace el menor caso: sólo se aprecia su belleza física, que pasa presto con los años, dejando después solamente arrugas y fealdad. El despotismo más horrible pesa por añadidura sobre las mujeres orientales. Para ellas no hay justicia, no existe amparo alguno. El tirano señor que las posee es dueño de su voluntad y de su vida, y con frecuencia pagan con ésta la menor sospecha, originada por la pasión de los celos, que tan terribles estragos ha hecho y está haciendo en los pechos de los hombres de las razas asiáticas, singularmente de los que siguen las doctrinas de Mahoma. En estas ideas se inspira el cuadro del pintor ruso Chlebowsky que reproducimos en este número. Es una escena que tiene el colorido oriental más acabado, con el fondo arquitectónico arábigo, la mujer tendida en el lecho, el esbirro que se adelanta quedo para matarla, y los que en la penumbra aguardan silenciosos también para cumplir hasta el último punto las órdenes de su amo. Sospechó éste de la fidelidad de la hermosa mujer y los celos le movieron á vengarse, encargando á sus gentes que espíasen el momento de estar la infeliz durmiendo para hundir el puñal en su pecho, y arrojar luego su cadáver, caliente aún, envuelto en burdo saco, al río ó al mar, á fin de que quede

oculta la venganza que por tal manera resulta más misteriosa. Repetidas veces se han ejecutado en el Oriente sentencias iguales á la pintada por el mencionado artista, con la circunstancia además de que en algunos casos la ira del señor alcanza hasta á las esclavas y criadas de la mujer odiada, las cuales pagan igualmente con su vida el delito, casi siempre soñado, de su desdichada ama.



Hace algún tiempo que los higienistas han declarado la guerra á los pavimentos de madera, y dan gran número de razones para justificar su hostilidad. En Inglaterra se observa ya una reacción contra el empleo de los pavimentos de madera en las calles estrechas, en los patios de las casas y en las salas de recreo de los colegios. En efecto, humedecida la madera con orines ó simplemente con agua, fermenta y se convierte en sustancia putrescible; en opinión de muchos médicos, el polvo de la madera en las calles de París ha sido causa de un sensible aumento, durante el último verano, de las conjuntivitis y de las enfermedades de garganta.

Hablando de este asunto publica la *City Press* en uno de sus últimos números la opinión del doctor Sedgwick Saunders, médico encargado de la salubridad en la ciudad de Londres.

En primer lugar, exige el célebre doctor para el saneamiento de la vía pública, el empleo de los desinfectantes, mezclados en el agua que se usa para el riego en las calles y plazas. Este sistema, que ha dado considerables resultados, tiene por objeto evitar los inconvenientes resultantes de las deyecciones de los animales y de otras materias orgánicas que se depositan en las calles de más tránsito, y, muy particularmente, en los pavimentos de madera, sobre cuya sustancia se adhieren mucho mejor que en otra alguna.

El médico inglés apoya su opinión con algunos ejemplos; y la formula en los siguientes términos: «El pavimento de madera es el sistema de empedrado más anti-higiénico que ha podido inventar el hombre.»

Cita luego las grandes vías de Londres en las que deben emplearse los desinfectantes por lo menos dos veces al día, porque tienen el pavimento de madera, y las materias orgánicas se infiltran en las junturas y entran en estado de descomposición, despidiendo, al propio tiempo, malísimo olor.

Termina el doctor Saunders encareciendo muchísimo el empleo del pavimento de asfalto comprimido ó de toda otra materia que sea impermeable, y manifestando la esperanza que le anima de que su opinión prevalecerá muy pronto en bien de la higiene pública.

El *Journal des Transports* da cuenta y hace la descripción de un velocípedo con velas que acaba de ser inventado en América.

Este nuevo aparato consiste en una especie de velocípedo de dos ruedas que dan vueltas sobre un mismo riel, y una tercera rueda lateral que gira sobre un segundo riel paralelo al primero. Encima de la rueda delantera se levanta un pequeño palo al que se sujeta una vela de 2 metros 15 centímetros de altura.

Ir por lana y salir trasquilado



El aparato puede obtener una velocidad de 29 millas (46 kilómetros) por hora. En él pueden acomodarse dos viajeros, y aun parece que la presencia de un segundo viajero es indispensable, porque el inventor recomienda que si falta este segundo viajero, se ponga lastre equivalente en peso.

Un par de pedales que verifican una transmisión ordinaria permiten mover la máquina si de ello hay necesidad. El modo especial con que está construido, consiente quitar los pedales de modo que el viento sea la única fuerza motriz.

* * *

Refiere Valerio Máximo que después de la completa derrota de Asdrúbal y de las tropas cartaginesas en Umbria, le participaron á aquel capitán que los galos y los ligures andaban errantes de un punto á otro de la campiña, lejos de aquéllos, sin jefes y sin banderas, de modo que hubiese bastado un puñado de hombres para exterminarlos.—«Respetémosles, dijo, de este modo nuestros enemigos tendrán mensajeros que les comuniquen las noticias de tan gran desastre.»

* * *

El papa León X decía que tres cosas traen á un príncipe gloria y felicidad. La una, el consultar las cosas arduas con los amigos prudentes, y ejecutar al punto aquello que se ha deliberado en la consulta: la segunda, no olvidarse nunca de los amigos ausentes; y la tercera, no tener por superflua ninguna sospecha que importe á la vida propia, ó á la quietud de la monarquía.

* * *

Despidió uno al sastre y al barbero que le asistían; y preguntándole el motivo, respondió que despedía al sastre porque rapaba mucho, y al barbero porque rapaba poco.

* * *

Á un vizcaíno que estaba enfermo, mandóle el médico que tomase unas píldoras, y como tomó una, comenzó á mascarla, y como le amargase, tomó las otras, y metiolas en un agujero. Cuando vino el médico, preguntóle si había tomado las píldoras, y el vizcaíno respondió:

—En un agujero tienes, uno comido tienes, no están maduros.

* * *

Un médico encargó á un vizcaíno que estaba enfermo, que guardase la boca; y cuando volvió á visitarle, hallóle con una espada y un broquel puesto en postura. Preguntóle qué hacía, y respondió:—Guardo la boca.

* * *

Reñía uno á un estudiante sobrino suyo porque estudiaba mucho: hízole novedad á un amigo suyo, y preguntándole por qué reñía una cosa tan apreciable, le respondió:—Amigo, yo conozco el siglo, y puede ser que si estudia sepa que es el modo de no acomodarse en toda su vida.

* * *

Para hacer el papel incombustible basta sumergirlo en una fuerte disolución de alumbre, y hacerle secar tomando las precauciones necesarias para que no se rompa. No importa que el papel sea blanco, escrito, ó impreso.

Lejos de alterar el color y la calidad, esta operación

contribuye á mejorarlo. Algunos papeles necesitan ser sumergidos dos ó tres veces.

* * *

Para conservar los tomates, cójanse bien maduros, lávense y escúrranse; córtense después en pedazos que se pondrán al fuego en un vaso de cobre bien estañado. Cuando se hayan reducido á una tercera parte de su volumen, pásense por un tamiz para separar las pepitas; póngase otra vez la decocción al fuego, y déjese hervir hasta que se haya reducido á dos terceras partes. Enfríense en seguida en barreños de greda, y trasládese á unas botellas, en las cuales se hará hervir al baño-maria.

* * *

Envejecer, estar enfermo y morir, he ahí los grandes males de la vida. Las riquezas no pueden procurar el remedio contra ellos, antes al contrario, acontece á menudo que por ellas se envejece más pronto, se está más veces enfermo, y se llega más pronto á la muerte.—PENSAMIENTO CHINO.

* * *

La resignación no es lo mismo que la inacción.—BIDPAI.

* * *

El hombre no tiene más que una lengua, y tiene dos oídos: habla, pues, poco, y escucha mucho.—NABI-EFFENDI.

* * *

El hombre que desea el absoluto descanso, debe ser sordo, ciego y mudo.—НОЕК.

* * *

El gato es un león cuando apresa un ratón, pero es un ratón cuando combate con una pantera.—SAADI.

* * *

Todo árbol tiene su sombra; toda cualidad viene acompañada de un defecto.—PROVERBIO TURCO.

* * *

El perfecto perdón no está más que en el olvido de la falta.—PROVERBIO ÁRABE.

* * *

Cada día de tu existencia es una hoja de tu historia.—PENSAMIENTO ÁRABE.

* * *

Vale más el silencio que la mentira, la pobreza que el tráfico vergonzoso, la soledad de los bosques que el trato con los tontos.—VAN-SHA-TANTRA.

* * *

Los hombres prodigan alabanzas al pavo real á causa de los colores y dibujos de su cola, mientras el pavo está avergonzado en secreto de sus horribles patas.—SAADI.

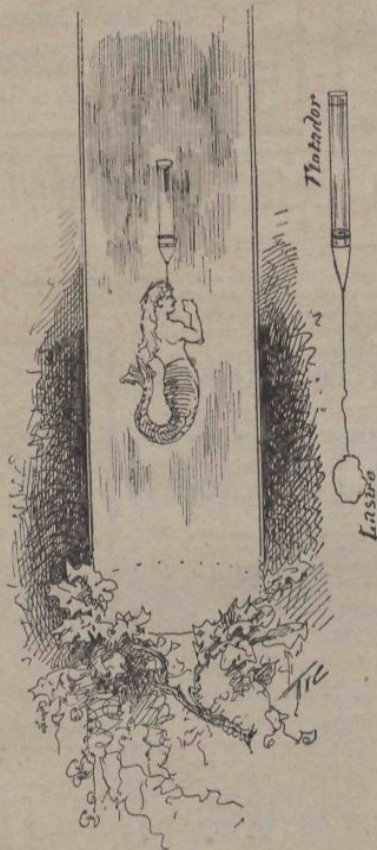
* * *

El hombre sensato no debe dar á conocer ni la pérdida de su fortuna, ni sus penas, ni el daño que se le haya hecho, ni sus decepciones, ni sus humillaciones.—HIROPADESA.



LA SIRENA MISTERIOSA

Sin necesidad de recurrir á las supercherías del mariner neerlandés que, uniendo las pieles desecadas de una mona y un pescado falsificó una sirena, vendiéndola á buen precio para el museo de Leyde, nosotros crearemos con poco esfuerzo uno de esos extraños seres, dándole toda la belleza que permita nuestra habilidad, y haciendo que nade cual una miss Lurline diminuta, en el interior



de un acuario de mesa, llamado vulgarmente botella, llena de vino ó de agua.

Para obtener ese curioso resultado es preciso recortar en una hoja fuerte de papel gelatina la silueta de una verdadera sirena; luego se pinta al óleo con blanco mezclado de rojo y unos toques de negro; se deja secar; se pega en el extremo de la cola una bolita de lacre para que mantenga la posición horizontal, y se agujerea la cabeza, pasando una seda á través: hecho esto, se ata la seda á un canutillo de pluma bien transparente, cerrado por ambos extremos con cera: en el extremo inferior se abre un pequeño agujero para dar entrada al líquido y al aire: construido el aparato, se sumerge en una botella, y basta entonces empujar más ó menos con el tapón de corcho para que la sirena, ó lo que se quiera poner en su lugar, baje, suba, nade, se mueva en todas direcciones como una verdadera hija de las aguas. El motivo de ese vaivén está en que al penetrar el líquido por el orificio del canuto, le da un peso superior al líquido en que está, mien-

tras que suprimiendo la presión del tapón, el aire que contiene el canuto, le permite, por su densidad inferior á la del líquido, remontarse con ligereza.

No es preciso que la figurita sea como la describimos; basta para el caso cualquier cuerpo ligero bien equilibrado y de la forma que se quiera: el quid del aparato está en el canutillo, al que sirve de lastre nuestra sirena.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A las charadas:

1.ª LO-RE-NA

2.ª ZA-MO-RA

Al rompe-cabezas:

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

CHARADA

En el *todo* está la rana,
ésta no tiene *una tres*;
y la *dos primera* es
pasión grosera y mal sana.

PATÍN.

CHARADA-LOGOGRIFO

Cuando me mira el curioso
dice, aunque esté disgustado,
mi nombre, y está probado
que ha de parecer gozoso.
Es de un curso caudaloso
rápido, ó lento, ó mezquino;
de los altos montes vino
para perderse en el mar
y aunque se ponga á llorar
halla alegre su destino.

PATHOS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7
1 6 4 5 3 5
1 3 6 5 3
7 5 6 7
5 4 7
5 7
3

COMBINACIÓN

. . . . B
. . . . A
. . . . R
. . . . C
. . . . E
. . . . L
. . . . O
. . . . N
. . . . A

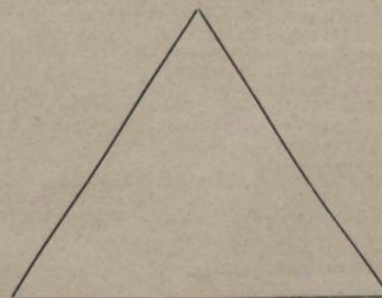
1.ª línea nombre de barón; 2.ª, calle de Barcelona; 3.ª, percance; 4.ª, entre rivales; 5.ª, entre zarzuelas; 6.ª, nota musical; 7.ª, vocal.

JULIO MARTICÁS.

Sustituir los puntos con letras, de modo que, leída horizontalmente, dé cada línea el nombre de un pueblo de la provincia de Barcelona.

LUIS RIBÉ, de Reus.

PROBLEMA



¿Cómo se pueden sacar
de este triángulo seis?
El *quid* está en el cortar,
mas todos han de guardar
la forma de ese que veis.

ANGEL SUERO

COMPañÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Según se previene en la base cuarta de la escritura de emisión de las obligaciones de esta Compañía, tendrá lugar el día 15 del próximo mes de Diciembre el décimo sorteo trimestral de obligaciones, á las once de la mañana, en el salón de sesiones de la Sociedad, sito en la Rambla de Estudios, n.º 1, principal.

Las 18,610 obligaciones de la Compañía por amortizar, se dividirán para el acto del sorteo en 1,861 lotes de 10 obligaciones cada uno, representados por igual número de bolas, extrayéndose del globo 17 bolas en representación de las 17 decenas que se amortizan, conforme se indica en la tabla de amortización impresa al dorso de cada título.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 1,861 bolas sorteables.

El acto del sorteo será público, presidiéndolo un Sr. Consejero de la Sociedad, asistiendo, además, el Director, Contador y Secretario general.

La Compañía publicará en los diarios oficiales los números de las obligaciones á las que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que debe sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Enero próximo.

Barcelona 30 de Noviembre de 1893

El Secretario general, Carlos García Faria

PECTORAL DE CEREZA del Dr. AYER.

Si se toma cuando se está resfriado, se evita la **tos**. Cura las **toses**, las **ronqueras** y todas las enfermedades de la **garganta** por rebeldes y crónicas que sean.

Todas las familias deben siempre tener un frasco del **Pectoral de Cereza** en casa, para poder tomar una dosis á los primeros síntomas de un resfriado, y así se evitan un gran número de enfermedades.

En la mayoría de los casos, un frasco del **Pectoral de Cereza** del Dr. Ayer basta para curar la **tos**, **garrotillo**, **tos ferina** y todas las enfermedades de la **garganta** y de los **pulmones**.

EL PECTORAL DE CEREZA del Dr. AYER

Pronto en obrar, seguro en la cura.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Póngase en guardia contra imitaciones espúreas. El nombre de —**Ayer's Cherry Pectoral**— figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

Y

LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles é inofensivos, preparados por B. RICHARD, París.

Véndese en las principales perfumerías.

Depositario: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA—SUS VIAJES—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

FOR EL

Dr. C. Krauch

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCIÓN

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

LA
TIERRA SANTA

por
D. Víctor Gebhart

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.